

## SOBRE LA NARRATIVA DE MEDARDO FRAILE<sup>1</sup>

JOSÉ MARÍA MERINO<sup>2</sup>

Cuando yo era muy joven, recién llegado a Madrid para estudiar la carrera de Derecho, tuve noticia de un puñado de nuevos autores que sobresalían notoriamente de la mediocridad general, lo que para muchos jóvenes como yo supuso una luz de esperanza en aquella tétrica realidad. Uno de ellos era, precisamente, Medardo Fraile. En aquellos tiempos, entre bastantes estudiantes había afición al teatro y existían grupos universitarios que dedicaban sus horas libres al género. Así, mi primer contacto con la obra de Medardo Fraile fue a través de la lectura escenificada de una de sus obras, la memorable *El hermano*, en la que, bajo la representación de una familia humilde retratada en una situación rutinaria, se presenta un drama intenso de soledades y frustraciones. Supe entonces que Medardo Fraile era uno de los más notables representantes de un grupo de jóvenes dramaturgos llamado “Arte Nuevo”, que había estado unido por el propósito declarado de “servir al teatro”, creando con ello unas formas y unos textos teatrales que entonces suponían la vanguardia estética.

Casi al mismo tiempo descubrí al Medardo Fraile cuentista. Sus cuentos me interesaron especialmente por razones que apuntaré enseguida, y cuando compuse mi libro *Cien años de cuentos*, una antología del cuento español en lengua castellana que abarca el período entre los años 1898 y 1998, incluí en ella “Cuento de estío”,

<sup>1</sup> Presentación con motivo, con motivo del homenaje a Medardo Fraile en la Universidad de Stratchclyde, Glasgow, 13 de marzo de 2012.

<sup>2</sup> Miembro de la Real Academia Española. Escritor, ensayista y poeta de proyección internacional.

perteneciente a su primer libro de cuentos, que yo conocí en aquellos años jóvenes y que a mi juicio define muy bien su estilo: cuidadísimo ambiente, extrema delicadeza en el perfil de los personajes, una situación cotidiana que simboliza con enorme fuerza expresiva relaciones, sentimientos y conductas, todo ordenado desde un dominio magistral de la expresión literaria.

Desde *Cuentos con algún amor*, libro al que pertenecía el cuento, publicado en 1954, hasta el por ahora último libro suyo, *Antes del futuro imperfecto*, publicado en 2010, 56 años después, Medardo Fraile ha dado a la imprenta casi 40 libros, que presentan una obra admirable por su coherencia y diversidad: trece libros de cuentos, varias novelas cortas, una novela larga, antologías de cuentos ajenos, numerosos ensayos sobre muchos temas, estudios de la obra de otros escritores, como Samuel Ros, incluso una traducción de Robert Louis Stevenson y un libro de memorias.

En este artículo voy a referirme brevemente a sus cuentos, a su novela larga, a sus artículos y a sus memorias.

En el año 2004, bajo el título *Escritura y verdad*, Ángel Zapata —cuentista de las recientes promociones, que al igual que otros coetáneos suyos bien valorados, como Hipólito Navarro o Eloy Tizón, declara su fervorosa admiración por el magisterio literario de Medardo Fraile— editó una colección completa de los cuentos escritos por nuestro autor hasta entonces. En aquella colección se incluían el citado *Cuentos con algún amor* (1954), *A la luz cambian las cosas* (1959), *Cuentos de verdad* (1964), *Descubridor de nada y otros cuentos* (1970), *Ejemplario* (1979), los incluidos como nuevos en otra edición anterior de *Cuentos completos* (1991), *Claudina y los cacos* (1992), *Contrasombras* (1998), *Ladrones del paraíso* (1999), *Descontar y contar* (2000), *Años de aprendizaje* (2001) y *Otros cuentos* —donde se incluyen varios sin fecha determinada—. He querido recordar esa lista de títulos, porque Medardo Fraile acierta siempre a sugerir, mediante el título de cada libro, lo que ofrece en sus páginas.

Tras aquella recopilación de 2004, apareció como he dicho en 2010 otro libro suyo de cuentos, *Antes del futuro imperfecto*, dividido en dos partes, una que reúne cuentos en las aulas, desde la educación primaria hasta la universidad, y una segunda parte que agrupa piezas de todo tipo, entre ellas algún micro-relato.

Durante una época, que empieza a coincidir con los años en que Fraile publica sus primeros libros, y quizá para distinguir la fic-

ción literaria breve de otro tipo de fábulas —los cuentos maravillosos, los populares, los infantiles— se impuso en España la costumbre de llamar “relato” al cuento literario. Claro que dentro del concepto de relato entraban los cuentos literarios, pero también otros productos que no se distinguían del tradicional cuadro de costumbres, caracterizado por una inmovilidad que es la que lo separa tajantemente del cuento. Acaso al recuperar el concepto de cuento, con toda su ambigüedad, se ha reconquistado el sentido claro del movimiento —el hecho narrativo— que debe producirse siempre dentro de toda pieza que pretenda adscribirse a este campo literario. Y debo recalcar que ya desde su primer libro Medardo Fraile no tuvo empacho en dar a sus ficciones breves ese nombre de *cuentos*, lo que da señal firme de su propósito decidido de trabajar sin ambigüedades en un campo tan difícil y delicado de la narrativa.

El citado Ángel Zapata, editor como señalé de *Escritura y verdad*, titulaba su propio prólogo “La ternura del nómada”, señalando con agudeza cómo, aunque perteneciente a esa generación ya mítica de escritores que se llamó “de los 50” o “del medio siglo” —de la que, en prosa, forman parte también Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos, Rafael Sánchez Ferlosio o Carmen Martín Gaité— Medardo Fraile se caracteriza singularmente por su enfoque personalísimo tanto de la escritura como de la realidad. Para Zapata, “*lo que el lector va a encontrar en sus textos (...) lejos (...) de aquel realismo social hegemónico en la generación del medio siglo, es una estratégica, intensísima y pionera deconstrucción del relato tradicional: la irrupción, realmente, de la posición subjetiva y el estilo de conciencia asociados a la posmodernidad, dentro del cuento español contemporáneo*”.

Lo cierto es que, después de haber publicado dos centenares de relatos breves, Medardo Fraile ha acuñado un tipo de cuento que se distingue claramente de la obra de los demás autores de su promoción. Raro espécimen en el panorama literario de aquellos años, tan constreñidos por determinados factores de carácter político y social, las preocupaciones temáticas de Medardo Fraile, aunque impregnadas de interrogantes morales y colectivos, tienen más que ver con los aspectos internos, íntimos, de la persona, que con sus solicitudes externas, más con su drama existencial que con su peripecia social.

En los cuentos de Medardo Fraile se hace coincidir con singular talento la brevedad propia del género con la intensidad, consiguiendo extraordinaria sutileza para la condensación temática y una

concentración dramática expresada siempre sin estridencias. Señal segura de su estilo es la concisión expresiva —es decir, la renuncia a lo superfluo, la búsqueda de la economía de medios por encima de todo— a través de una admirable libertad formal, en la que la depuración verbal es imprescindible, donde prevalece la sugerencia, el detalle significativo, donde nada está escrito gratuitamente. Los cuentos de Medardo Fraile son cuentos *puros*, están llenos de sutileza, porque como él mismo ha escrito en uno de ellos —“Primeros pasos”—: —*Un cuento se escribe siempre temblando.*! —¿Por qué? !—*Porque puede quebrarse.*

En el libro que reúne sus cuentos hasta 2004, *Escritura y verdad*, podemos conocer un universo coherente, que se ha ido enriqueciendo con el paso de los años y cuyo lenguaje, sin perder nunca la exactitud ni la precisión, da especial sentido al escenario, al ámbito que rodea a los personajes, que siendo siempre de apariencia común está cargado de una sorprendente atmósfera que envuelve las tramas y les da una perspectiva muchas veces desazonadora. Los cuentos se levantan sobre anécdotas menudas que le sirven al autor para tratar con finura, acaso con algo de sarcasmo, en ocasiones con decidido y explícito humor, y siempre con notable sabiduría, momentos humanos muy diversos: aquellos en los que se adivina alguna penosa dependencia sentimental, alguna forma de crisis, recuerdos tristes, situaciones personales y colectivas que resumen una historia de decadencia, otras de especial vulnerabilidad, y también ciertas epifanías.

En los cuentos, los personajes pueden vivir, en una pequeña trama y a pesar de su sencillez, una situación significativa. Abundan los perfiles de personajes frustrados o sin destino, frágiles. Son empleados en trabajos modestos; profesores; tipos sin oficio ni beneficio; rateros; suicidas; accidentados; niños, adolescentes, estudiantes; solteros, matrimonios y parejas más o menos despegadas —jóvenes y mayores—; criadas, servidoras, empleadas. La descripción de un personaje en el cuento “Las profesiones” puede servir como modelo de un concepto que late en toda la obra: “*Alfonso García Solís fue solo eso: un hombre. Sin profesión, sin nada ni nadie, con su drama a cuestas: el sueño, las ideas y la voluntad. Hombre desnudo, pero ¡hombre!. ¿Quién pudo quitarle esta profesión? La Muerte no, desde luego.*”

En todos los cuentos hay un curioso y bien sujeto lirismo sin concesiones, que nos permite ver a los personajes con cercanía, sentir

su nostalgia de una vida más plena, en muchas ocasiones su desánimo. Pero la evidente compasión del autor convive con el humor, el chiste y hasta el sarcasmo, como antes señalé, y sea cual sea el espacio en que el cuento se desarrolla, aunque sea contemporáneo del tiempo del autor, jamás se trata de “cuadros de época”, pues Medardo Fraile nunca cae en un costumbrismo reductor. En el gusto por captar cierto sustrato dramático de una situación corriente acaso queden restos de la inicial inclinación de Medardo Fraile hacia el teatro. En el conjunto hay apólogos, asombrosas conversiones de mitos antiguos en cuentos modernos y divertidos homenajes: al género negro, a la comedia —planteando cuentos como situaciones teatrales— o a la tragedia. Aunque en apariencia puedan clasificarse dentro del campo de un realismo no naturalista, los cuentos escapan hacia lo onírico algunas veces, e incluso llegan a rozar lo fantástico. En una voluntaria indeterminación, en cierta evanescencia desasosegante, está el meollo del estilo de Medardo Fraile.

Quiero insistir en que Medardo Fraile crea sus cuentos a partir de situaciones, momentos, anécdotas de apariencia ordinaria, a veces a partir de puros juegos de palabras, frases hechas, elementos explícitamente intrascendentes, para darles su significación profunda mediante una agudísima mirada alejada de lo convencional, con especial cuidado del detalle, la enorme sutileza que señalé en el uso de la ironía y ese lenguaje exacto cuya mayor o menor complejidad está en función del asunto concreto de cada cuento.

En fin, en los extraordinarios cuentos de Medardo Fraile hay humor, ternura, piedad, misterio, y esa sutil e intensa vibración narrativa con que nos enseña que un cuento es algo que puede pasar en cualquier momento, y que cuando pasa nos ayuda a entender mejor la extrañeza del mundo. O por lo menos, a asumirla. Y debo añadir que varios premios importantes, el Sésamo, el Nacional de la Crítica, el de la Estafeta Literaria, el Hucha de Oro, han ido consagrando su trayectoria como cuentista.

Mas para que no sea solo mi voz la que ensalce su obra, traeré aquí algunas de otros escritores. Cuando Medardo Fraile publica sus primeros cuentos, Josefina Aldecoa enseguida detecta su calidad señalando...“*la originalidad, la diferencia, una peculiaridad literaria difícil de encontrar*”. Más adelante dirá que...“*surgían bellísimos, impecables, finos, perfectos, es decir, acabados. Eran como tesoros, tan ajenos a los modos y modas...*”. El escritor hondureño-

mexicano Augusto Monterroso ha dicho de él: *Fiel cultivador del género desde los inicios de su carrera de escritor, Medardo Fraile, el gran cuentista español, ha creado un singular mundo literario sobre la base de tres cualidades fundamentales: su impecable manejo del idioma, su inagotable capacidad de invención, y su profundo conocimiento de los seres humanos de todos los días, de esos que encontramos en las narraciones como si uno fuera uno de ellos, viejo ideal que solo los grandes creadores alcanzan.* El escritor venezolano José Balza ha dicho: *Los relatos de Fraile traspasan la condición narrativa para despertar en nosotros ecos infrecuentes. Su sencillez es siempre aparente, como si no quisiera molestar al lector con aquello que transita bajo la anécdota.* Por otra parte, el reciente Premio Cervantes Juan Marsé considera a Medardo Fraile el miembro de mayor calidad de su generación, y dice que sus cuentos tienen *una gracia especial, ese fogonazo necesario para el cuento.*

En el campo del relato de mayor extensión, Medardo Fraile ha publicado unas cuantas novelas cortas que pudiéramos llamar “ejemplares”, porque son historias para jóvenes que deberían leer los mayores —*El gallo puesto en hora, Santa Engracia número dos o tres, El rey y el país con granos, Los brazos invisibles*— pero quiero resaltar su novela *Autobiografía*, que muestra no solo la capacidad del autor para enfrentarse al género “largo”, sino la fidelidad a sus temas y planteamientos estéticos.

En la última edición de la novela, publicada en Venezuela en 2008 —la primera lo había sido en España en 1986— me correspondió a mí el gusto de hacer un prólogo, que titulé “Trabazón de vida y distancia poética”.

Hay muchos elementos en el libro que corresponden al mismo planteamiento, el de la sugerencia, tan sustantivo para el arte del cuento y tan propio además de una estética como la que Medardo Fraile ha planteado con tanta maestría en toda su obra, centrada siempre en las señales de lo cotidiano, enemiga de la retórica y de cualquier grandilocuencia. Lo que se narra nunca es aparatoso, nunca melodramático —aunque esté cargado de dramatismo— y el relato se conduce de modo sutil, insinuando, dando leves pistas, huellas ligeras que el lector debe identificar o desvelar. No es una novela como muchas al uso, donde los sucesos se perfilan con todos sus aspectos e incluso reiterativamente.

Lo primero que llama la atención del lector es ese título tan ambiguo: ¿por qué *Autobiografía*? Podríamos pensar que se trata de una memoria novelada del propio autor, que intentaría mostrarnos, por medio de una estructura literaria, una experiencia verdadera de su vida. Sin embargo, pronto comprendemos que eso no es relevante a los efectos de la obra cuya lectura nos ocupa, ya que se desarrolla con verdadero fulgor, complejidad y estructura de pieza novelesca.

Al final de la novela, ya terminados de desplegar ante nosotros todos los personajes, escenarios y motivos que la componen, el título adquiere una dimensión simbólica que la centra en el campo de la memoria lejana y fragmentaria de un narrador-personaje, el niño protagonista, que muchos años después reconstruye por escrito todo lo que rodeó a la muerte de su madre y al inicio de su orfandad, como señales de su propia biografía. Lo que en su vida haya derivado de aquel suceso ha determinado, sin duda, su manera de ser, su forma de afrontar el mundo, su presencia entre los demás. En ese sentido, las páginas de la narración son el meollo de una biografía que se convierte en autobiografía precisamente en manos del lector, cuando el lector establece todas las relaciones y lazos precisos sugeridos por la memoria de ese niño.

La novela empieza y termina de modo abrupto, como si dos enérgicos tajos la hubieran separado de un cuerpo mucho mayor, y se desarrolla a través de unos cincuenta fragmentos que son situaciones completas, en cierto modo independiente cada una de ellas, cerrada en sí misma. Es su yuxtaposición, el enlace de unas situaciones con las otras, lo que origina el movimiento narrativo, cuya materia dramática principal está constituida por esa madre enferma que no parece tener posibilidad de curación y su hijo, el niño que anda de mano en mano, atendido por el desasosiego de un cariño familiar que asiste impotente al desenlace que separará madre e hijo. Muy cercanos a este núcleo dramático están el padre, entregado a las obligaciones del trabajo que permite vivir a la familia, mientras busca y encuentra una casa en un barrio más sano, y la hermana de la madre, que acaricia la idea de asumir el papel de su hermana cuando ésta fallezca. Un coro cercano de vecinos, familiares y otras gentes componen el resto de los personajes de la novela.

La novela transcurre durante los años de la dictadura de Primo de Rivera, con resonancias de periódicos y partidos políticos de la época y nombres de actrices, toreros y escritores famosos, y el escena-

rio es un Madrid menestral, con el telón de fondo de hoteles de clientela fija, verbenas, charlas de gente popular y accidentes desdichados, como el incendio del teatro Novedades. La acción se concentra en unos pocos meses, y escenario y personajes se describen a través de la concisión y la certeza léxica propias del estilo del autor: breves, intensas descripciones de cosas o gentes, y un juego austero pero preciso de diálogos.

El uso de los elementos del escenario y de la atmósfera, que pudieran considerarse castizos, enlazaría este libro con las novelas madrileñas de Max Aub, como otro aporte a la renovación experimental en el tratamiento de ciertos ámbitos y de esos escenarios tradicionales que también trataron, en sus diferentes perspectivas históricas y estéticas, Benito Pérez Galdós, Pío Baroja y Ramón Gómez de la Serna.

En la descripción de los lugares y de los objetos se tiende siempre a la síntesis expresiva. A menudo, utilizando mínimas pero precisas referencias, sólo destacan los detalles relevantes, en un enlazamiento que refleja con gran economía verbal los movimientos de los personajes. Las atmósferas, sobre todo cuando tienen carga dramática, se crean también de forma concisa, siempre con mucha austeridad conceptual, pero dando a la sucesión de las palabras el ritmo preciso para sugerir la situación sentimental de cada personaje. En otras ocasiones, la descripción solo es aparentemente objetiva, pues está matizada por esa mirada que, desde un presente lejano, evoca sucesos y escenarios, y a menudo, los olores establecen la atmósfera. Hay que señalar que en toda la novela hay parecido tratamiento en lo que pudiéramos llamar “sensualización” del mundo que rodea a los protagonistas. Esa perspectiva de la realidad, proclive a asumirla desde los sentidos corporales, tan propia de la infancia, es un dato más de que todo el relato está construido desde los recuerdos de quien fue niño.

El mismo gusto por la precisión y el recorte léxico, a menudo con una punta de ironía, está en la forma de presentar a los personajes: todos resultan un poco misteriosos, fantasmales, y a veces irrumpe alguno perfilado con fuerza sin que apenas el narrador se haya detenido en él.

Tal economía de medios le da al libro su sorprendente singularidad, pues no es muy común tanta contención a la hora de desarrollar una novela. Novela solitaria en la obra de Medardo Fraile,



*Autobiografía* es también una novela solitaria en su tiempo, al margen de corrientes editoriales y gustos de moda. Una novela fuera de lo común, inolvidable, nacida de una voz literaria que tiene una manera personalísima, diferente, de sentir y expresar la ficción. Como dije antes, en la novela hay una relación firme con el mundo de los cuentos del autor, lleno de sutileza, en que las mudanzas son principalmente interiores, y donde, bajo las apariencias de una realidad fría y hurañá, se mantiene siempre viva la brasa de la emoción, aunque de una emoción contenida. Porque como el mismo Medardo Fraile ha dicho en uno de sus artículos, precisamente hablando de esta novela: “*Soy muy amigo, íntimo amigo, de la sinceridad, pero no de la sinceridad lacrimógena*”.

Hemos llegado al mundo de sus artículos y ensayos —todavía semanalmente podemos disfrutar de su producción en ese género en “Cuadernos del Sur”, el suplemento literario del diario “Córdoba” — que han ido recogiendo en varios libros, entre los que citaré únicamente, pues no tengo más remedio que sintetizar, *Documento nacional* (1997), *Entre paréntesis* (1998) y *Entradas de cine* (2008).

En *Documento Nacional*, Medardo Fraile agrupó numerosas piezas en las que, con mirada aguda, irónica, siempre divertida, escribe sobre gentes de la literatura y del arte —Oscar Wilde, Luis Buñuel, Gerardo Diego, Antonio Buero Vallejo, Luis Rosales, Alfonso Sastre, Jesús Fernández Santos, Camilo José Cela, Lauro Olmo y diversos pintores— pero también sobre multitud de sucesos y elementos que forman un extraordinario mosaico, desde la barbacoa hasta los gatos, pasando por el hispanismo o la necesidad de la educación en su significado prístino.

*Entre paréntesis* recoge también numerosos artículos, más de ochenta, que abarcan toda clase de temas, desde lo literario hasta los aspectos comunes de la vida diaria, y que muestran que la maestría del Medardo Fraile ensayista está a la altura del Medardo Fraile narrador. *Entradas de Cine* muestra la afición de Medardo Fraile por el cine a través de artículos en la prensa, conferencias y colaboraciones en revistas, recogiendo más de treinta ensayos y artículos. Cargados de humor, calidez, melancolía, regodeo en la memoria, estos textos resultan la reflexión siempre inteligente de un espectador literato, cuya erudición, que aflora a menudo, no resulta la de un frío estudio sino la de un cinéfilo convencido y cómplice. En el libro se muestra una perspectiva muy aguda de escritores relacionados con

el cine —como Andrés Carranque de Ríos, Raymond Chandler, Ernest Hemingway—, de directores —como Luis Buñuel, Carl Dreyer, Orson Welles—, de actores —como Jane Fonda, Frank Sinatra, Ava Gardner, Fernando Fernán Gómez— de guionistas y hasta de autores de bandas sonoras. Escrito con el estilo conciso, lleno de finura para la sugerencia humorística o emotiva, enemigo de toda retórica —todo lo que caracteriza a su autor— el libro concluye con dos espléndidos cuentos que tienen al cine como referencia misteriosa de la vida. Se trata de un libro sobre lo cinematográfico que nos deja un fuerte regusto a cuento bien logrado.

Por último, en este recorrido obligadamente apresurado y esquemático por la obra de Medardo Fraile, no puedo dejar de hablar de otro libro extraordinario, perteneciente este al género de las memorias, titulado *El cuento de siempre acabar*, publicado en 2009, en el que Medardo Fraile recoge sus recuerdos personales, desde su nacimiento en Madrid en 1925 hasta su partida a la Gran Bretaña en 1964, para ejercer como profesor universitario.

Con su estilo habitual, que dice mucho con pocas y ajustadísimas palabras, el autor reconstruye los diversos tramos de su vida hasta el momento de abandonar España: la memoria de la casa natal y de ciertos dolorosos sucesos familiares; colegios, desplazamientos, mudanzas; la irrupción de la Guerra Civil y la vida en la retaguardia republicana —un relato con páginas de desazonadora tensión—; los primeros maestros, entre ellos Elena Gómez-Moreno, Rafael Lapesa y Antonio Machado, las primeras amistades, los primeros escauceos literarios entre los obuses y aquellos inviernos en guerra que, como él dice, *eran como una muerte helada en el país*.

El final de la guerra trae nuevos cambios de residencia y el conocimiento de estudiantes que serán compañeros decisivos para su obra literaria, como Alfonso Paso y Alfonso Sastre. Porque lo que convierte este libro en una pieza verdaderamente excepcional, imprescindible de la memoria no solo personal sino española, es la fiel relación de lo que fue la creación de aquel movimiento renovador en el teatro que se llamó Arte Nuevo, que citaba al principio de mi intervención, y el recuerdo meticuloso de muchos aspectos de la “generación de los 50”.

En lo que se refiere a Arte Nuevo, Medardo reconstruye con verdadera gracia el ambiente y las relaciones entre los personajes que, en el difícil período que media de 1943 a 1948, constituyeron ese nú-

cleo renovador, escribiendo en muchas ocasiones obras al alimón. Con José Gordon, Alfonso Paso, Alfonso Sastre, José Costas, José María de Quinto y otros personajes, muchos pintorescos, vemos reconstruirse una época de la que apenas teníamos referencias, desde una mirada tan especial como la de Medardo Fraile por su implicación, inteligencia y agudeza. Los años irán pasando y conoceremos muchas referencias a la vida literaria, cultural y social de la España de aquellos tiempos tan difíciles, durante los cuales surgen muchas revistas que habrían de ser importantes catalizadores de la creación literaria en la época...

En 1948 se pone de moda un concepto, el de “pregustismo” que proviene de una alusión de Eugenio D’Ors —*El arte con pregusto del más allá...*— que, en cierto modo, impregna el momento de autores como Azorín, Tomás Borrás, Ernesto Giménez Caballero, Camilo José Cela, Gerardo Diego o Luis Rosales. Son también años de la revista *La hora* y por entonces Medardo Fraile conoce a Jesús Fernández Santos y, tras la última representación de Arte Nuevo en el Instituto Cardenal Cisneros de Madrid, a Carmen Martín Gaité y Rafael Sánchez Ferlosio, a Ignacio Aldecoa, a Emilio Lledó, a Manuel Seco... A veces, en las memorias, traza semblanzas del personaje correspondiente que nos lo presentan con gran veracidad, sin complacencia alguna.

Y entre 1950 y 1964, el año en que Medardo Fraile inicia su aventura británica, sigue colaborando en diferentes revistas, a menudo con artículos sobre teatro, y en numerosos periódicos, convirtiéndose en una pieza imprescindible de la revista *Ágora*, asistiendo a varias tertulias, entre ellas las del Café Gijón, publicando sus tres primeros libros de cuentos, y conociendo nuevos personajes como Antonio Buero Vallejo, José Hierro, Gabriel Celaya, Claudio Rodríguez o Ángel González.

Pero ha llegado el momento de concluir mi apresurado repaso de algunos aspectos de una obra excepcional en todas sus manifestaciones.

Medardo Fraile, con el que he tenido la inmensa fortuna de compartir la responsabilidad de diversos cursos sobre el cuento literario en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo y en los cursos de verano de la Universidad Complutense en El Escorial, es uno de los escritores españoles significativos del siglo XX, una referencia inexcusable de nuestra cuentística y un escritor respetado y querido por las actuales generaciones de escritores. Y yo, que disfruto de su magisterio y de su amistad, me siento muy honrado de dar testimonio de ello.